

Corín Trellado

Nunca olvidé ese pasado



—Y si mi gusto es no comprometer los sentimientos, ¿qué?

—Eso es renegar del sexo.

—Eso es mantenerte neutral.

—Mucho te han dañado.

Mucho, sí.

Pero ya estaba superado.

Mas, volver a empezar. ¡Jamás!

Vivía perfectamente así. Muchos amigos, mucha dialéctica, mucha conversación y hasta divertimento, pero con limitaciones que marcaba ella misma y, que nadie intentara saltar la barrera de tales limitaciones impuestas por ella misma.

Índice de contenido

Cubierta

Título

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Sobre la autora

Querer olvidar a una persona es amarla más. No hay nada más bello que acordarse del que olvida.

SEVERO CATALINA

CAPÍTULO PRIMERO

Tía Tila servía la comida con su calma habitual. Para María Sutil tía Tila nunca tenía prisa por nada, pero ello lejos de ser un defecto, casi era una virtud.

La flema de la dama evidentemente a ella la distendía una barbaridad cuando retornaba a casa después de una dura jornada de trabajo.

—Te ha llamado de nuevo ese Teddy Costales, María. Parece ser que piensa montar otro *pub* no sé en qué sitio y necesita que le hagas tú el proyecto.

María bostezó, pero, sin embargo, atacó con gusto el pescado asado que le servía su tía.

—Según dijo, prefiere verte aquí en casa que en el estudio. Si vuelve a llamar, ¿qué le digo?

—Lo que seguramente le vienes diciendo cada vez que llama. Que me busque en el estudio. Yo en casa no tengo ni elementos de trabajo ni vengo aquí a trabajar, sino a descansar. Además, esta noche pienso salir con unos amigos. Me voy a bailar.

La dama la miró complacida.

—Vaya, es hora de que te olvides de tus obligaciones y te acuerdes un poco de que existes tú y eres mujer.

—Te equivocas en cuanto a eso, no me olvido jamás. Lo que ocurre es que no siempre me apetece salir en la noche. Cada cual es feliz a su manera. Yo lo soy realizándome como arquitecto y si estudié la carrera te aseguro que fue para eso, para desarrollarla con toda mi vocación.

Tía Tila no creía en modo alguno en tal vocación, pero si María lo aseguraba no pensaba discutirsele.

Sin embargo, comentó sentándose en frente de ella:

—A los dieciocho años maldito si tenías intención de hacer arquitectura. Es más, tenía noticias de que no seguirías adelante y en cambio te prepararías para banca y te colocarías.

De aquello hacía demasiado tiempo y María prefería no acordarse.

—Así que cuando recibí carta de tu padre anunciándome tu venida a Madrid, pensé: «Menos mal que tengo en la familia una persona como Dios manda y que las tradiciones familiares se desgarran con la decisión de esta chica».

—Muy amable.

—Te tomé cariño, María. Casi siete años viviendo contigo...

—Yo contigo, tía Tilla.

—Bueno, bueno. Tampoco eso merece la pena matizarlo tanto. Yo no te he mantenido. Lo hizo tu padre desde provincias. Yo solo te di cariño y un hogar que afortunadamente te amoldaste a compartir conmigo.

Por encima de la mesa María extendió la mano y asió los dedos de la dama.

—Eres una persona llena de ternura, tía Tila. Dime, nunca te he preguntado. ¿Por qué no te has casado? Debiste ser muy bella, porque aún lo eres hoy...

La dama rescató su mano y dijo con sencillez:

—Es una historia tonta pero que, desgraciadamente, en aquella época tenía mucha importancia. Hoy os dejáis y os cogéis y no pasa nada. En mis tiempos, y ahora tengo cincuenta y cinco años, si tenías un novio tres años seguidos y por la razón que fuera cortabais, ya no había hombre que te mirara a la cara.

María continuó comiendo y a los postres se le ocurrió preguntar de súbito:

—¿Tú has tenido ese novio?

—Cinco años y un buen día me salió diciendo que había dejado de amarme, y a los seis meses se casó con otra. Me quedé muy triste. Pude irme a provincias con tu padre, pero había quedado viudo poco antes y no me daba la gana de añadirle un disgusto más. Así que me quedé en mi puesto de secretaria de dirección y ahí sigo.

—Sola.

—Por lo menos no quise volver a sufrir. Un desengaño así te hace polvo. Hoy lo cuento con frivolidad, pero cuando ocurrió dolió como si te arrancaran algo vivo del cuerpo. La única satisfacción que tengo es que andando el tiempo lo vi y comprobé que no era feliz y que las cosas en la vida no le iban nada bien —se levantaba—. ¿Café, María?

Sonaba el teléfono y María se levantó a atenderlo.

—Lo tomaré en el estudio, tía. Deja. Voy a responder.

* * *

Era Teddy Costales. Se había puesto pesado aquel Teddy.

—Oye, te estuve llamando al estudio y no estabas.

—Me pasé la mañana en una obra —dijo María con desgana—. Lo siento, Teddy.

—Tengo un plan nuevo, María. ¿No podrías echarme una mano? ¿Comemos juntos esta noche? Necesito tu orientación.

María miraba al frente, era una chica morena, de cabellos más bien largos de un negro azabache y en contraste tenía unos ojos pardos, grises, glaucos que parecían estrellas en su cara, si bien en el fondo de las pupilas parecía perderse desdibujada una sombra de melancolía.

Esbelta y alta, delgada y femenina, resultaba con un estilazo enorme. Tía Tila que la veía desde la cocina casi pegada al *living* y separada de aquel por un arco sin cortinas ni puertas, pensó: «Es guapísima y con una personalidad apabullante. Tan seria y tan alegre al mismo tiempo...».

—Aparte de tener un compromiso —decía María con su voz siempre armoniosa y sin alteraciones vibrantes—, ya te he dicho que por teléfono nada voy a proyectar. Ve por el estudio.

—Tienes unos compañeros antipáticos, María.

—Son gente que sabe su oficio y que no rechazan un trabajo si merece la pena. Estamos para eso, Teddy, para proyectar, cobrar por ello y vivir de nuestra profesión. Es mejor que si tienes algo en mente y nos necesitas para desarrollarlo, vayas al estudio.

—¿No trabajas tú por tu cuenta?

—Nada que no comparta con mis compañeros y tú sabes que nos va muy bien. Cuando terminamos todos, los tres que componemos la sociedad, la carrera, nos asociamos al padre de Ignacio Tobar y como él enfermó nos quedaron todos sus clientes y más que hemos adquirido por nuestra cuenta. No hago nada aparte y te repito que tanto Ignacio, como Pablo y yo estaremos encantados de orientarte. Pero dime, ¿no tienes bastantes *pubs* en Madrid que aún estás pensando en levantar otro?

—Es mi oficio —insistía Teddy—. Los hago, los actualizo, los hago rentables y los vendo. De momento solo tengo dos de los doce que he proyectado y conseguido. Es una forma como otra cualquiera de ganar dinero.

—Yo no estoy en contra de quien gana dinero ni cómo se consigue siempre que sea un método honrado. Pero vivirías más tranquilo dejando a un lado ese juego que a la larga puede ser peligroso.

—Me educué entre negociantes, María. Oye —aquí la voz se hacía algo bronca—, hay más intereses por ti que los comerciales y tú lo sabes.

Naturalmente.

Se lo venía asegurando desde hacía más de un año.

Pero.

—Ve por el estudio —cortó sus pensamientos—. Estaré allí a las cinco.

—¿Ni siquiera podemos tomar juntos el café ahora mismo?

María arrugó el ceño.

—Bueno —cortó—, de acuerdo. Dentro de un rato estaré en la cafetería ubicada debajo de mi estudio.

—Gracias, María.

La joven colgó y fue a encender un cigarrillo.

Tía Tila la miraba riendo.

—Es pesado, ¿eh?

María sacudió la cabeza.

Vestía un traje de pantalón de napa. De un tono verde musgo. Pantalón estrecho, casaca, le sentaba como un guante. Estilizaba, si cabe, más su figura.

II

Miró la hora y pensó que disponía de más de sesenta minutos. Y el café a ella no la cansaba.

Así que cuando tía Tila, pese a que le había dicho que no lo preparase, se lo servía, se sentó ante la mesa y empezó a azucararlo.

También tía Tila se sentó con su tacita delante.

—Desde que pusieron jornada intensiva en la oficina no sabes cuanto, me place no salir en la tarde. Se dice que no cambiará el método, por lo que yo, la verdad, prefiero levantarme a las seis, estar en la oficina a las siete y salir de ella a las tres terminada la jornada.

—El día que te jubiles, y aún te falta —sonreía María—, te sentirás muy aburrida.

—Para entonces quizá no vivas ya conmigo por estar casada y yo me pasaré los inviernos en Alicante viviendo estupendamente de mi jubilación y mis ahorros.

—De momento, y si continúo pensando así, no creo que me veas casada. Tendría que cambiar mucho.

—¿Ese Teddy Costales, no te pretende?

—A su manera.

—¿Qué es eso de a su manera?

—Es muy largo, tía. Y además, no estoy enamorada de él, y si hiciera lo que él desea, pudiera enamorarme y sufrir. ¿Note has quedado tú soltera por esa razón? ¿Por evitar un nuevo sufrimiento?

—Pero eran otros tiempos.

—Indudablemente, pero para ciertas cosas una sigue como antes, solo que emancipada y con un entorno liberal y acomodado a la vida actual. Pero hay cosas que en una persona nunca cambian cuando recogiste una educación determinada.

—Tú eres absolutamente independiente.

—No tanto. Lo soy en el sentido económico. De otro modo, ya te digo que no entiendo el amor de pareja o como tal.

—¿Y es lo que pretende Teddy?

—Por lo menos no es hombre que vaya por la vida con el certificado matrimonial bajo el brazo, y eso marca en cierto modo —se alzó de hombros—. No quiero asuntos de amores que me condicionen. Amigos los que gusten, en plan sentimental prefiero automarginarlos —miraba de nuevo la hora—. Debo irme, Teddy me espera en la cafetería y a las seis tengo una cita en el estudio. Se trata de un señor que desea arreglar un palacete que ubicó en la Moraleja y que, según parece, se le ha caído el muro. Seguramente tú lo conoces. Se trata de un abogado laboralista muy famoso. Paulino Salcedo.

—Sí que he oído hablar de él. Tiene mucho dinero y su despacho mucha fama. No sabía que vivía en la Moraleja, pero tampoco me asombra en absoluto. Esa gente hace dinero como gusta, sacándoselo a los infelices explotados.

—Tampoco es eso. Un proyecto hoy cuesta un ojo de la cara y nosotros no ponemos los haremos. Están puestos así y lógicamente no vamos a trabajar por menos, tía Tila.

—Es un decir, pero ese señor Salcedo se lo montó bien ya antes de que hiciera su aparición la democracia e imagínate después. Por otra parte, tengo entendido que en sus despachos hay también la consabida sección divorcista. ¿Qué le sucede en el chalet?

—Pues que su hija se casa y aparte de los muros que se han resquebrajado y los quiere levantar nuevos, por dentro está algo abandonado. Nos ha llamado por teléfono y nos

citó con su futuro yerno a las seis. Como los otros tienen ya su cometido, lo recibiré yo. Posiblemente mañana tenga que ir por la Moraleja para saber qué cosas hay que reconstruir.

Se levantaba.

—No sé dónde he puesto el bolso.

—Lo tienes sobre la consola de la entrada.

María Sutil besó a la dama y se dirigió al vestíbulo.

El dúplex, además de bonito, estaba ubicado por María de Molina, una zona muy elegante y muy tranquila. Cuando ella llegó a Madrid enviada por su padre a estudiar a la Escuela Superior de Arquitectura, se pasó los dos primeros años en el CEU, y entonces su tía vivía en la calle Alberto Aguilera, pero cuando ella terminó un año antes y se puso a trabajar con suerte, decidió cambiarse y con ella se llevó a la dama.

El dúplex no era grande, pero enormemente acogedor y ella vivía feliz con su tía, a la cual quería una barbaridad. Casi, casi como si fuera la madre que perdió a los quince años, quizá cuando más necesitaba sus consejos.

Su padre, desgraciadamente, había fallecido antes de terminar ella la carrera, por lo que los últimos años fue la tía y no su padre quien la ayudó a pagar los gastos que se originaban de sus estudios.

—Acuéstate —le recomendó—. Si vengo tarde, no te preocupes.

* * *

Teddy Costales la estaba esperando. Era un tipo alto y fuerte, muy masculino, de negros cabellos y desconcertantes ojos verdes. Iba siempre muy de *sport* y muy a la moda actual. No estrafalario, pero sí algo llamativo.

Tenía treinta años porque él se lo había dicho y además porque los aparentaba y su único afán, de momento, eran

los negocios y ella.

Lo había conocido en el estudio, debido a que pedía un proyecto para levantar una cadena de hoteles por la Costa del Sol y pensaba, según aseguraba y debió conseguir, venderlos a los árabes.

Ellos ganaron dinero, pero el tal Teddy debió de farrarse con la venta de aquellos *bungalows*.

Cuando ella entró en la sociedad, a formar parte de la misma, el asunto de Teddy estaba ya casi concluido, y lo conoció cuando aseguraba haber vendido el último *bungalow*.

Pero después se metió en *pubs* y hasta la fecha en un año había proyectado tres, dos que estaban en construcción y uno que ya había traspasado ganándose una pasta gansa de cuidado.

—¡Hola. María! —saludó Teddy asiéndole las dos manos y apretándolas como era su costumbre, con toda ansiedad y apasionamiento.

María rescató sus manos y le sonrió yéndose hacia la barra.

Se encaramó en una banqueta y pidió café.

A su lado Teddy ya se acomodaba y como era muy alto, parecía quedar colgado de la banqueta con los dos pies en el suelo.

—Bueno, así que no hay salida esta noche.

—Teddy, que te lo tengo muy advertido.

—¿Es que con lo guapa que eres, el amor no te hace ilusión?

—¿Y qué amor es el tuyo, Teddy?

—Si vengo con los papeles bajo el brazo...

Lo cortó.

—Sabes que no. No es que el matrimonio sea mi meta; ni mucho menos. Lo que no acepto son relaciones dudosas, y tú has vivido seis años con una americana.

—Bueno, ¿te lo negué alguna vez?

—Sin casar.

—Dime, ¿lo negué? La dejé cuando te conocí.

—Teddy, yo no te oculté que no quiero sufrir por amor. Puedo empezar a tontear contigo en plan de novios y mañana tú encuentras otra chica, me dejas y yo sufro. No estoy preparada para tal cosa, ni quiero, ni lo acepto.

—Estás muy escamada, ¿verdad?

María azucaraba el café y lo removía sin prisa. Tenía tiempo.

—Puedo estarlo. Hay muchachas que van por la vida divirtiéndose, y en las relaciones ponen dos cosas esenciales que no les van a ocasionar rasguños sentimentales. Ponen el seso y la cabeza, el cerebro, vaya. Yo no soy de esas. Me considero sentimental y suelo poner sentimiento. ¿Consecuencias? Que no soy de esta época y que no me gustan los juegos amorosos. De modo que tú sigue con tu forma de ser y yo con la mía, y tan amigos.

—Yo estoy loco por ti —decía Teddy, fervoroso.

María no creía en los favores.

Ni en el amor que Teddy decía tenerle, por supuesto. Teddy era el clásico frívolo que aparecía cada semana en la prensa del corazón con una mujer diferente. Y además tan pronto estaba en Madrid como en Marbella o Ibiza.

No estaba en contra de la vida movida de Teddy. Pero que no relacionase con ella un futuro porque lo consideraba muy incierto.

Y para sufrir ya había sufrido lo suyo. No era ella mujer que tropezara dos veces en la misma piedra. El movimiento feminista decía esto y aquello en favor de la liberación de la mujer. Ella no estaba en contra de nadie. Cada cual que pensara lo que quisiera, pero si bien laboralmente se consideraba absolutamente liberada e incluso a veces superior a muchos machos, en cuestiones de amor prefería seguir como estaba. Libre y sin ataduras y, más que nada, sin preocupaciones.

—Tal parece que has nacido hace cuarenta años —decía Teddy enfadándose.

—Si te refieres al amor, quizá. Pero entiendo que el movimiento feminista al que seguramente tú perteneces, amigo Teddy, no está en contra de que una mujer se niegue a enamorarse. ¿No te parece?

—¿Y por qué no? Te puedes enamorar o no te puedes enamorar, pero al menos sí podrás vivir como gustes.

—Y si mi gusto es no comprometer los sentimientos, ¿qué?

—Eso es renegar del sexo.

—Eso es mantenerte neutral.

—Mucho te han dañado.

Mucho, sí.

Pero ya estaba superado.

Mas, volver a empezar. ¡Jamás!

Vivía perfectamente así. Muchos amigos, mucha dialéctica, mucha conversación y hasta divertimento, pero con limitaciones que marcaba ella misma y, que nadie intentara saltar la barrera de tales limitaciones impuestas por ella misma.

—Ya tengo que irme, Teddy. Si sigues pensando en levantar ese *pub*, vente por el estudio mañana.

Y se fue dejando a Teddy enojadísimo.

—Al diablo estas intelectuales aferradas a sistemas carpetovetónicos —refunfuñó.